

verse á Tarragona, y antes de la luz del nuevo día emprendieron precipitadamente su marcha, temiendo que los acosaran los catalanes. Llegaron no obstante sin ser por nadie molestados, y desde aquella ciudad informó el de los Velez al rey del infortunio, pidiendo su retiro. Fuéle concedido, y se nombró en su lugar al virey de Valencia Fadrique Colona, condestable de Nápoles y príncipe de Butera (1).

Tal y tan desventurada fué la famosa jornada de Barcelona, hecha por el marqués de los Velez con el ejército mas florido que pudo reunirse en España entonces, y despues de haber vencido á los catalanes en todos los puntos en que habian hecho resistencia. En ella se perdieron dos de los mas esclarecidos generales, con multitud de oficiales valerosos; once banderas de Castilla fueron depositadas en la sala de la diputacion de Barcelona, sin otras que los particulares recogieron y ofrecieron á diferentes santuarios, y que entre todas hacen algunos subir á diez y nueve. Déjase comprender con cuánto júbilo se celebraría en Barcelona la derrota del ejército castellano, á la cual llegaron tarde los refuerzos que á los catalanes venían de Tarrasa y los que descendían de las inmediatas cordilleras. La gente devota atribuyó este triunfo á la proteccion de Santa Eulalia y Santa Madrona, y los templos resonaron con las fiestas solemnes que se celebraron en accion de gracias á estas santas patronas.

Llegó á Barcelona, de paso para Roma, á tiempo de felicitar á los catalanes por su gran triunfo, don Ignacio Mascareñas, embajador del nuevo rey de Portugal, quien á nombre de su monarca ofreció á la ciudad y al Principado la amistad y ayuda de aquel reino, levantado contra Castilla por causas algo parecidas á las que Cataluña habia tenido.

A poco tiempo recibieron el Principado y la diputacion diferentes cartas del monarca francés (febrero y marzo, 1641), que todos aguardaban ya con ansiedad, manifestando que aceptaba con agrado y como gran merced su determinacion, y que para arreglar los pactos y condiciones entre ambos pueblos daba amplios poderes, como representante de su persona, á M. de Argenzon, gran político, y sujeto de aventajadas cualidades. Á su entrada en Barcelona salieron á recibirle los nobles don Pedro Aymerich y don Ramon de Guimerá (2). Y cuando Barcelona agasajaba al representante de Luis XIII de Francia, Felipe IV de Castilla comunicaba á la diputacion y conselleres el nombramiento de lugarteniente general que habia hecho en el príncipe de Butera, encargando que le obedeciesen y respetasen como á su propia persona. Singular

(1) Aquí termina el elocuente historiador don Francisco Manuel de Melo su luminosa y apreciable Historia de la separacion y guerra de Cataluña.—Dignas de trascibirse nos parecen las últimas palabras de este distinguido escritor. «Marchó el infeliz ejército (dice) con tales pasos, que bien informaban del temeroso espíritu que lo movía: caminó en dos dias desengañado, lo que en veinte habia pisado soberbio: atravesó los pasos con temor, pero sin resistencia; entró en Tarragona con lágrimas, fué recibido con desconsuelo; donde el Velez, dando aviso al rey católico, pidió por merced lo que podia temer como castigo. Excusóse de aquel puesto, y lo excusó su rey... No pararon aquí los sucesos y ruinas de las armas del rey Felipe en Cataluña, reservadas quizá á mayor escritor, así como ellas fueron mayores. A mí me basta haber referido con verdad, y llaneza como testigo de vista estos primeros casos, donde los príncipes pueden aprender á moderar sus afectos, y todo el mundo enseñanza para sus acontecimientos.»

Tambien son notables algunas palabras del escritor catalan que comprendió estos sucesos, al hablar del combate de Monjuich. «En Monjuich nos veyá sino morts, sanch, armas, y lo fou de maravellar es, que en las faltriqueras dels morts se trobaban sardinas, arengadas, bacallar, farina, blat, y otras cosas. La reputació que han perdut las armas de Castella las nacions ho dirán, puig afrentosament fugiren tants mils á siscentos catalans; pero sent cosa de Deu, mes pochos podian vencer... Fan los catalans en Barcelona una solemníssima processió á la Verge y Martyr Patrona Santa Eulalia, ab la solemnitat que lo dia del Corpus.»

(2) Habia muerto ya (20 de febrero) el diputado eclesiástico don Pablo Claris, de quien los escritores catalanes hacen grandes elogios, y á quien consideran como uno de los mas fogosos patrióticos, y como uno de los libertadores de Cataluña.—Aplicáronle el siguiente lema: «*Sibi nullus omnibus omnis fecit*: Nada para sí, todo para todos.» En su lugar se nombró diputado por el brazo eclesiástico á don José Soler, canónigo tambien de Urgel.

candidez, que ni siquiera mereció contestacion, ni de la diputacion ni de los conselleres (3).

La retirada del ejército real á Tarragona habia sido á tiempo, porque á mediados del mes siguieron comenzaron ya á entrar en el Principado cuerpos considerables de tropas francesas, y el 20 del mismo mes (febrero) entró en Barcelona su general en jefe Houdencourt, conde de la Motte. Aparecióse no mucho despues en las costas de Cataluña el belicoso arzobispo de Burdeos con una flota de doce galeras y veinte navas, y despues de haber apresado, supónese que por infidencia de los marineros, las que Juanetín Doria enviaba con municiones y víveres á la plaza de Rosas, corrióse á las aguas de Tarragona. A principios de abril movióse el de la Motte en direccion de la misma ciudad con nueve mil infantes y dos mil quinientos caballos, la mayor parte franceses; con mas el tercio de Santa Eulalia, que mandaba el conseller tercero don Pedro Juan Rossell. La guarnicion de Valls, que podia haberles hecho alguna resistencia, se retiró al acercarse conforme á órden que de su general tenia. Así pronto se vió el de la Motte dueño de casi todo el campo de Tarragona sin disparar un tiro. La guarnicion del castillo de Constanti, compuesta de trescientos hombres, se entregó cobardemente al francés tan pronto como se aproximó á la villa. Rindióse igualmente Salou; y viéndose el francés dueño de toda la comarca, y teniendo en frente la escuadra del arzobispo de Burdeos quiso apoderarse de la plaza de Tarragona; mas no contando ni con la artillería ni con las fuerzas suficientes para atacarla, propúsose reducirla por hambre, á cuyo efecto acuarteló sus tropas en los pueblos del contorno, quedando así cerrada la ciudad por mar y tierra. Por mas que el arzobispo no aprobara esta determinacion, que podia acaso comprometer su flota si era acometida por la de España, recibió órden de Richelieu para que cerrara estrechamente la boca del puerto, y así tuvo que ejecutarlo.

No dió pruebas de muy hábil el nuevo general en lo de estarse quieto y dejarse encerrar en la plaza de Tarragona; pues aunque el ejército habia quedado reducido á menos de las dos terceras partes, aun se componia de cerca de catorce mil hombres, superior en número al del conde de la Motte, y mas que suficiente para detenerle y quebrantarle; y no que dió lugar á que aquel enseñoreara el campo de Tarragona y tuviera tiempo para fortificar los pasos entre aquella ciudad y la frontera de Aragon. Así fué que no tardó en verse en los mayores apuros; y por otra parte el cardenal de Richelieu no se descuidaba en imposibilitar á los de Tarragona todo auxilio de los del Rosellon, enviando á esta provincia otro ejército de ocho mil infantes y mil caballos al mando de Condé, que no tardó en rendir la plaza de Elna, interceptar la comunicacion de Perpiñan con Colibre, y dejar expedito á las tropas de Francia el camino de Cataluña. Y entre tanto un representante de la corte de Paris en Barcelona exigía de la diputacion á nombre del rey cristianísimo, que fortificara las plazas, pagara puntualmente las guarniciones, aumentara los sueldos de los franceses, y tuviese siempre en pié un cuerpo permanente de seis mil catalanes, que no pudiera nunca deshacerse y retirarse á sus casas como los de las levas y cofradías. La Francia exigía ya y obraba como soberana del Principado.

Solo por mar podia ser socorrida Tarragona, y así lo comprendió el ministro Olivares despachando las órdenes mas terminantes y precisas al marqués de Villafranca que mandaba las galeras de la costa de Valencia. Vencidas algunas dificultades por parte de este y del virey de Valencia marqués de Leganés, presentóse al fin el de Villafranca con su flota delante de Tarragona (4 de julio, 1641). Superior su escuadra á la del arzobispo de Burdeos, abrióse esta en dos alas dejando ancho paso á las galeras del marqués, de las cuales penetraron las mas en el puerto, pero quedando otras fuera, porque la armada francesa empezaba á llegar sus alas acercándose cuanto pudo al muelle, y haciendo un fuego continuado y vivísimo inutilizó ó incendió algunos bergantines y una gran parte de las provisiones que acababa de dejar el de

(3) Don Jaime Tió: Continuacion de la Historia de Melo, lib. VI.

Villafranca: de modo que al poco tiempo se hallaron los de Tarragona en los mismos apuros y aun en mayor miseria que antes. Sin embargo, á los pocos dias, logró el de Villafranca introducir los socorros en Tarragona, muy acosada ya del hambre.

Empeñada la corte, y en verdad en ello iba ya la suerte de España, en sostener y salvar á Tarragona, determinó hacer un esfuerzo extraordinario para socorrerla. Mandóse reunir una armada poderosa, compuesta de todas las navas que llevaban bandera española; y en su consecuencia se reunieron las galeras de Dunkerque, las de Nápoles, las de Génova, Toscana y Mallorca, al mando de los duques de Fernandina y Maqueda con las del marqués de Villafranca, y las velas de toda la escuadra reunida se dejaron ver el 20 de agosto á la altura de Tarragona. Vióse pues el prelado de Burdeos obligado á retirarse y á huir á toda vela á la costa de Provenza. La plaza quedó socorrida sin obstáculo y el ejército francés catalan levantó el sitio, si bien á la corte le quedó el sentimiento de que no se hubiera obligado al arzobispo á entrar en combate; mientras por otro lado los catalanes acusaron al arzobispo de haberse dejado sorprender; Richelieu le hizo tambien cargos por su conducta, y resentido y quejoso el prelado de ver cuñal mal se apreciaban sus servicios, se retiró haciendo dimision de su empleo (1).

Por su parte el de la Motte y el conseller tercero, abrumados de pesar por la escasez de gente y de recursos, por la incapacidad de los soldados de las últimas levas y el estrago que en los veteranos habian hecho las enfermedades, pidieron con instancia al consejo y diputacion de Barcelona que enviaran una embajada especial al rey Luis, para que informándole del verdadero estado de las cosas y del desconsuelo de los catalanes, le suplicara en nombre del país les acudiera con prontos y eficaces socorros por mar y tierra, y le invitara á que viniese él mismo á visitar el Principado y á prestar el juramento como soberano de Cataluña, con lo cual calmaria la efervescencia de los ánimos y se acrecentaria el amor que ya le tenian aquellos naturales. Accedió á ello la diputacion, y fué encomendada esta delicada mision á don José de Margarit, llevando los pactos y condiciones bajo las cuales le prestaban vasallaje los catalanes. La guerra de los Países Bajos en que se hallaba á la sazón empeñado Luis XIII no le permitió venir en persona á prestar el juramento, y vióse precisado á dar sus poderes para ello al marqués de Brezé, mariscal de Francia, persona muy calificada, y nombrado recientemente virey de Cataluña. Por lo demás las condiciones y pactos que le presentaron los catalanes fueron aceptadas por el rey Luis con cortas modificaciones en algunas de sus cláusulas (2).

(1) Hist. du ministere du Cardinal de Richelieu.—Limiers, Histoire du regne de Louis XIV, lib. I.—Tió: Continuacion de Melo, lib. VI.—Dietarios de Barcelona.—Soto y Aguilar, Epítome de las cosas sucedidas, etc., ad ann.

(2) Las principales condiciones de este célebre convenio eran las siguientes: Que S. M. observará y hará observar los usages, constituciones, capítulos y actos de corte, y los demás derechos municipales, concordias, pragmáticas, y otras cualesquiera disposiciones que se hallen en el volúmen de sus constituciones, etc.—Que los arzobispos, obispos, abades, dignidades y otros beneficios eclesiásticos, seculares y regulares, serán presentados en catalanes.—Que el tribunal de la Inquisicion conservará en Cataluña solamente el conocimiento de las causas de fe, y que los inquisidores y sus oficiales serán catalanes.—Que el rey jurará por sí y sus sucesores no pretender, demandar ni exigir en ningun tiempo de la ciudad de Barcelona, ni de las demás villas y lugares del Principado, y condados de Rosellon y Cerdeña, otras alcabalas é impuestos sobre el vino, carne y otros artículos, que los que la ciudad y las universidades hubieren establecido para subvenir á sus necesidades, etc.—Que S. M. prometerá conservar á los conselleres de la ciudad de Barcelona la prerogativa de cubrirse delante del rey y cualesquiera personas reales, segun tienen de costumbre.—Que jurará guardar y hacer guardar los capitulos y actos de corte de la Generalidad de Cataluña y casa de la diputacion.—Que los oficios de los capitanes de los castillos, alcaides y gobernadores de las fortalezas, y todos los oficios de justicia se darán á catalanes que lo sean verdaderamente y no á otros.—Que el Principado de Cataluña y condados de Rosellon y Cerdeña serán regidos por un virey y lugarteniente general de S. M., que elegirá y nombrará de sus reinos.—Que los alojamientos de los soldados, aunque sean auxiliares, se harán por

Es fama haber ocurrido en esta embajada otro incidente, de que sentimos á fuer de buenos españoles haber de dar cuenta. Refiérese que no contento el embajador catalan con los socorros que el rey de Francia y sus ministros le ofrecieron, en una conferencia particular con Richelieu le persuadió de lo ventajoso que seria á la Francia adquirir un territorio tan extenso y de tanta costa como el Principado de Cataluña y los condados de Cerdeña y Rosellon, que le abriria la puerta para la conquista de toda la Península, porque desde Lérida podria llevar fácilmente sus ejércitos hasta Madrid, y acabar de una vez con una potencia de quien tantos daños habia recibido. Increible nos parece que á tal extremo pudiera conducir á ningun hombre el resentimiento y el deseo de la venganza. Pero añádesese haber respondido el cardenal que por lo mismo que estaba persuadido de ello, intentaba arrojar á los españoles de Perpiñan y dejar expedito el camino de Barcelona. «Pero temo, añadió el astuto ministro, que los catalanes se cansen de las incomodidades de la guerra, y al cabo vengan á reconciliarse con su rey, haciendo inútiles todos nuestros esfuerzos.» Replicóle Margarit que si la Francia no faltaba á lo convenido, tan seguro estaba de que los catalanes cumplirian su palabra, que no tendria inconveniente en entregarle sus propios hijos en rehenes. *Pues bien*, contestó el cardenal, *yo daré la ley á España, y os haré ver que sé aprovecharme de las facilidades que me proporciona la provincia de Cataluña.*

No necesitaba el ministro de Luis XIII jurar lo que decia para ser creído: con este designio habia obrado ya antes, y los ofrecimientos de los comisionados no podian hacer sino confirmarle en él. Desde luego resolvió enviar mas fuerzas al Rosellon, y que el mismo monarca y él irian allá, volviéndose el de Condé á Paris para gobernar la ciudad en ausencia del rey. Nombró generales del ejército del Rosellon á los mariscales Schomberg y la Meylleraie, y el marqués de Brezé mandaria una numerosa flota para disputar á los españoles el dominio del mar. Tales fueron los planes que el de Richelieu manifestó para alentar y mantener devotos á su partido los catalanes.

Detenido el de Brezé en el Rosellon, á fin de impedir que cinco ó seis mil hombres castellanos que estaban en Colibre fuesen en socorro de Perpiñan, y con el deseo de no demorar el juramento que tenia que prestar en Barcelona á nombre de su rey, envió á la diputacion para que le supliese en esta ceremonia á Diego Bisbe Vidal. La diputacion, teniendo por urgente lo del juramento para arreglar los negocios pendientes en la administracion de justicia, acordó enviar al síndico de la Generalidad, y los estamentos nombraron tambien tres personas, una por cada brazo, para que saliesen al encuentro al Vidal, y habiéndole hallado en la Junquera, verificóse en aquella villa la ceremonia del juramento (30 de diciembre, 1641), sin perjuicio de repetirle despues el mismo Brezé en Barcelona en la forma debida.

los cónsules ó jurados de las universidades, y que los particulares no están obligados á dar, ni los jefes, capitanes y soldados les puedan exigir otra cosa sino la sal, vinagre, fuego, cama, etc.—Que S. M. no separará de la corona real de Francia el Principado de Cataluña y condados de Rosellon y Cerdeña, en todo ni en parte, por ninguna causa ni razon, y que mientras sea rey de Francia será siempre conde de Barcelona, Rosellon y Cerdeña.—Que el Principado y condados, en lugar de las convocaciones de *Somatent general*, *Host* y *Cavalçada*, y de la que hacia en virtud del usaje: *Princeps namque*, servirán con un batallon de cinco mil infantes y quinientos caballos, pagados, armados y municionados á costa de la provincia, los cuales servirán en ella, y no fuera, siempre que haya necesidad, etc.—Que en cuanto á los gastos que se han de hacer en la provincia por razon de fortificaciones, paga y sueldo de los soldados franceses, ó de otra nacion, que no sean catalanes, se tratará en las primeras córtes generales, etc.

El texto de este importantísimo documento, en dialecto catalan, se inserta como apéndice en la continuacion de la Historia de la revolucion de Cataluña de Melo, bajo el epigrafe: *Los pactos y condiciones ab que los braços generals del Principat de Catalunya, tinguts á 23 de janyer prop passat, posaren lo Principat y Comptats del Roselló y Cerdanya, á la obediencia del cristianíssim rey de França, los quals se han de posar en lo jurament que sa Magestat y los successors han de prestar en lo principi de son govern.*

Habia sido nombrado jefe de las armas de España en el Rosellon el marqués de Mortara, bien reputado desde la acción de Fuenterrabía. Mas como tuviese poca gente para resistir al ejército francés, dióse orden á Torrecusa, rehabilitado ya en el mando, para que formando tercios de los soldados de las galeras y con los que pudiera sacar de Tarragona se embarcase á socorrer al de Mortara. El mariscal de Brezé y los catalanes se habían fortificado en el paso de Argelés. Torrecusa con su energía y su actividad acostumbrada, arregló su gente, desembarcó en Rosas, pasó el Ter con el agua al cuello, sorprendió una noche las centinelas catalanas, degolló algunos soldados, ahuyentó los otros medio desnudos, y abierto el paso logró juntarse con el de Mortara, que al efecto con su aviso vino á reunirse desde Perpiñan. Picado de esto el de Brezé, acometió á los nuestros, y empeñó una recia y brava batalla, y siendo poco mas ó menos igual la infantería de ambos campos, pero muy superior en número la caballería francesa, portáronse con tal bravura Torrecusa y Mortara que obligaron á los enemigos á retirarse con no poca pérdida, quedando ellos dueños del campo (diciembre, 1641). El resultado de esta gloriosa acción fué hacer ver á los franceses que aun no se había embotado el buen temple de las armas de Castilla, proveer á Perpiñan de provisiones para un largo sitio, la rendición de Argelés y de Santa María del Mar, bien que esta fuese despues reconquistada por los franceses (1).

El de Brezé, dispuesto lo conveniente para dejar guarnecidas las plazas que había ganado en el Rosellon, partió para Barcelona, donde fué recibido con gran regocijo, y ratificó el juramento como virey de Cataluña (febrero, 1642), despues de cuya ceremonia hizo entrada pública en la ciudad en dos diferentes dias, en uno como virey y lugarteniente del rey de Francia, en otro como general en jefe del ejército.

Nada se había hecho por la parte de Tarragona desde el socorro de la grande armada. El general don Fadrique de Colona, príncipe de Butera, murió á poco de esto; única cosa que puede decirse de él. Hombre de otra resolución el marqués de la Hinojosa, conde de Aguilar, que le sucedió, aunque interinamente, recibió un refuerzo de ochocientos coraceros, salió á campaña á principios de este año (1642), y despues de derrotar dos compañías francesas en el Plá, sorprendió la villa de Alcover é hizo prisionero el tercio de Barcelona, al cual trató con mucha consideración para ver de aplacar los ánimos que tanto había irritado la severidad del marqués de los Velez. Mas no por eso dejó de acometerle con gran furia el de la Motte, aunque sin fruto, pues no obstante ser inferiores en número los españoles, hubo aquel de retirarse con gran pérdida á Montblanch. Enseñoreóse Hinojosa de Reus, Altafulla, Vendrell, Tamarit y otras villas en que había guarniciones catalanas, tratando á todos con moderación, menos á los del castillo de Constantí, á quienes pasó á cuchillo por la imprudencia con que se empeñaron en resistirle. Acibará la satisfacción de estos triunfos la desgracia del genovés Juanetin Doria, que habiendo dispersado una tempestad sus galeras cuando venia del Rosellon y encallado la capitana en la costa de Blanes, fué hecho prisionero y llevado á Francia.

En tal estado las cosas, y cuando se veían síntomas de ir mejorando, tomaron desde entonces el mas funesto rumbo, ya por competencias de mando entre nuestros generales, ya por el desacierto y la obstinación del conde-duque, astro de siniestro influjo para España.

Habían sido nombrados los dos hijos del difunto duque de Cardona, don Vicente y don Pedro de Aragon, el primero general de las galeras de Valencia destinadas á la costa de Cataluña, el segundo general del ejército de Aragon que había de operar tambien en el Principado. Púsose en marcha con sus tropas el don Pedro, y pasando el Cinca llegó sin tropiezo al campo de Tarragona. Suscitáronse allí competencias entre los dos generales sobre quién había de tener el mando superior, conviniéndose al fin en que cada uno mandaría con independencia sus propias tropas, hasta consultar á la corte y que esta resolviese. La corte resolvió lo peor, que fué, mandar á

(1) Henry: Historia del Rosellon.—Tió, Continuación de Melo, l. VI.—Soto y Aguilar, Epítome, ad ann.

don Pedro de Aragon, marqués de Pobar, que tomando seis mil infantes, mil quinientas corazas y mil dragones pasase al Rosellon. Tenia para esto que atravesar mas de cien millas por país enemigo, por tierra fragosa y quebrada, y por parajes angostos, sin víveres ni medios de trasportarlos, y todo esto cuando en el Rosellon, en Barcelona y en Montblanch había tres generales franceses con bastante tropa cada uno observando sus movimientos, á saber: la Meylleraie, Brezé y el de la Motte. Para hacer ver estos y otros inconvenientes envió el marqués de Pobar á Madrid su maestro de campo don Martin de Mugica, proponiendo que en el caso de tener que ir al Rosellon lo haria embarcándose en Tarragona, cosa fácil de ejecutar bajo la protección de nuestras escuadras. Pero el ministro Olivares, en esta ocasión tan obstinado y terco como desacertado y torpe, cerró los oídos á todas las observaciones del enviado, que eran las que todo hombre de mediano sentido alcanzaba, y fuéle preciso al de Pobar obedecer y ejecutar tan descabellado mandamiento.

Aunque se había convenido en que la Hinojosa protegeria el movimiento llamando la atención del enemigo hácia el Coll de Cabra, esto no se cumplió. No se sabe la causa, pero la conducta posterior de Hinojosa, altamente criminal, induce á creer que le abandonó por una abominable emulación. Porque habiendo llegado despues una contraorden mandando al de Pobar que se quedara en Tarragona, y prestándose á llevarla el general de la caballería de los Ordenes don Rodrigo de Herrera, comprometiéndose á alcanzarle en dos marchas con cien caballos, no lo consintió Hinojosa, y se le fió á uno que la llevó al enemigo, comprometiéndole alevosamente la suerte de todo un ejército. Gran felonía la de aquel traidor, é inmensa responsabilidad tambien la de Hinojosa.

Emprendió el de Pobar su marcha (marzo, 1642) por un país exhausto y desierto, sin víveres, sin forraje y sin agua, pero sin que nadie le incomodara, hasta Villafranca del Panadés y Esparraguera, porque era plan de los catalanes y franceses dejar que se internara y aislara en el país. Allí supo que el enemigo le tenía interceptados los pasos de modo que era imposible seguir adelante, en tanto que el conde de la Motte le alcanzaba ya y picaba la retaguardia. Y aunque esta acometiera á catalanes y franceses con tal bravura que hizo á varios capitanes morder el suelo y á otros huir hasta Barcelona, sin embargo al ver los montes vecinos coronados de gente, los almogavares cerrando los pasos del camino, las campanas tocando á somaten, las fogatas en los cerros para avisarles los del país, los caballos de la expedición extenuados de hambre y de fatiga, los hombres sin fuerzas para llevar las armas, y en medio de dos ejércitos franceses, determinó el de Pobar emprender la retirada, porque seguir era temeridad, y ya había acreditado que sabía obedecer. Desde el lugar de la Granata, para no encontrarse con los enemigos, tomaron de noche por el Coll de Santa Cristina; mas despues de haber andado muchas horas, sin luz, hambrientos, tropezando y cayendo á cada paso, por yerro ó por malicia de los guías vinieron á amanecer al mismo punto de donde habían salido. Cuando se preparaban á darse algun reposo y buscar algun alimento, echóseles encima el de la Motte, y cogiéndolos desfallecidos y además descuidados, hizolos á todos prisioneros, sin escapar ni generales ni soldados (abril, 1642).

«¡Viva el rey! ¡Viva la Francia!» era el grito que resonaba en las calles de Barcelona luego que llegó á la ciudad el correo que el de la Motte envió con la noticia de este gran triunfo (2). Celebráronse fiestas con procesiones solemnes por espacio de tres dias. Todo el ejército prisionero fué conducido á Barcelona; los generales entraron en coches, y los aposentó el lugarteniente del rey de Francia en su propio palacio, y los agasajó con espléndidos banquetes. Despues fueron llevados á Francia por mar y por tierra de quinientos en quinien-

(2) Los pormenores de esta desdichada jornada, que nosotros no hemos hecho sino bosquejar, pueden verse en el cap. VII de la continuación á la Historia de Melo por don Jaime Tió, y en un impreso titulado: *Relacion de la verdadera rota y presa del general don Pedro de Aragon y de todo su ejército*. Barcelona, 1642.

tos (1). Ganó el baston de mariscal el conde de la Motte. En Madrid produjo la noticia de este suceso un verdadero espanto; no faltó quien culpára de él al marqués de Pobar, en verdad con poca justicia, que si no era don Pedro de Aragon un general muy entendido, éranlo sus tenientes, y á él nadie podía tacharle de poca lealtad al rey, que por ella había sufrido como sus hermanos larga prision en Barcelona. Algo mas culpadas eran el conde-duque de Olivares por sus desacordadas órdenes, y el marqués de la Hinojosa por su perversa conducta.

La guerra del Rosellon había tomado tambien el peor aspecto posible. Richelieu cumplió su palabra de asistir con el rey á los campamentos, si no para dirigir, para alentar con su presencia á generales y soldados. Un ejército de veintiseis mil hombres operaba en aquella provincia al mando de los mariscales Schomberg y la Meylleraie. No tenia España ni aun la gente precisa para defender convenientemente las plazas. La de Colibre, donde estaba el marqués de Mortara, y que sitió y atacó Meylleraie, fué defendida con teson y con brío. Varias y muy vigorosas salidas hicieron los sitiados aun despues de abierta brecha, y en una de ellas llegaron á tomar seis piezas al enemigo, pero destruida por las bombas la cisterna que les surtía de agua, tuvieron que capitular y rendirse con honrosas condiciones (abril, 1642). Otras de menos importancia se fueron entregando tambien con menor resistencia. Perpiñan, la capital del condado, fué asediada por los dos generales y por todo el ejército, en términos que ni dejaban salir una sola persona ni entrar una sola acémila con provisiones. La guarnición compuesta de tres mil hombres mandados por el marqués de Flores de Avila, resistió con heroismo por espacio de mas de cinco meses un hambre horrorosa, en que despues de consumir y apurar todos los animales, hasta los mas inmundos, llegó al extremo de tragarse los pergaminos y roerse los cueros. Los tres mil hombres habían quedado ya reducidos á quinientos, y no tenían de dónde recibir ni de dónde esperar socorro. Fué pues preciso capitular, y no fué poca honra para aquellos valientes el salir con todos los honores de la guerra, con seis piezas de cañon y municiones para veinte tiros. Cuando entraron en ella los franceses (9 de setiembre, 1642), encontraron cien piezas de cañon de diferentes calibres, y fusiles para veinte mil hombres. Era el mas rico arsenal que tenia España en aquel tiempo. Con la rendición de Perpiñan fué excusado ya pensar en la defensa de otras plazas. Los franceses quedaron dueños del Rosellon, y se perdió definitivamente para España aquella rica provincia, que con tan merecido empeño habían conservado los predecesores de Felipe IV (2).

En este intermedio, por la parte de la frontera aragonesa-

(1) Al final de la *Relacion* antes citada se inserta una nómina de los jefes y oficiales que fueron llevados á Francia, con los nombres de las galeras en que los condujeron. Segun esta relacion fueron trasladados por tierra los siguientes:

- Don Pedro de Aragon, general.
- Don Francisco Toraltó, lugarteniente.
- El marqués de Ribes, general de la artillería.
- Don Vicencio de la Matta, general de la caballería.
- Don Diego Sans, comisario general.
- El baron de Letosa, comisario general.
- Don Martin de Mogica, maestro de campo.
- Don Pedro Pardo, maestro de campo.
- Siete criados del marqués de Pobar.

Siguen las listas nominales de los que fueron trasportados por mar en la galera Cardenal, en la Ducal, en la Montreal, en la Vigilante, en la Seguerana, en la Fransac; continúan los que llevó el señor de Aubigny, y concluye: «Sin estos oficiales referidos han llevado á Francia prisioneros dos mil ciento y cincuenta, convoyándolos de quinientos en quinientos; finalmente todo el ejército entero, desde los generales hasta los soldados simples, van prisioneros á Francia, para rendir vasallaje al monarca tan justo como potente, que veneran las armas de la Europa por Máximo.»

(2) Tió: Continuación, lib. VII.—Henry, Historia del Rosellon.—Limers, Historia del reinado de Luis XIV, lib. I.—Soto y Aguilar, Epítome.

La capitulación que consta de ocho artículos, fué firmada el 29 de agosto por el mariscal Schomberg, el mariscal de la Meylleraie, el marqués de Flores de Avila, don Diego Caballero, don Diego Fajardo y don Juan de Arce.

catalana el mariscal de la Motte, despues de hecho prisionero el ejército de don Pedro de Aragon, había intentado apoderarse de Tortosa; pero el gobernador Bartolomé de Medina, la guarnición, el clero, el obispo, la nobleza, el pueblo, las señoras mismas, todos defendieron la ciudad con tal denudedo, compitiendo noblemente todas las clases en actividad y valor, que despues de dejar el francés ochocientos hombres muertos en los fosos, se retiró con ignominia, y como exasperado con aquella afrenta determinó entrarse por las tierras de Aragon. No fué mejor recibido en aquel Tamarite de Litera en que el año anterior había cometido una infame y horrible alevosía (3). Los habitantes, que conocían ya bien á su costa la perfidia de este hombre, le resistieron hasta matarle quinientos soldados, y cuando ya no pudieron mas, huyeron á los montes. Algunos se hicieron fuertes en la torre de la iglesia, resueltos á morir antes que rendirse; y no murieron, porque el general francés no quiso detener su marcha por tan poca gente, contentándose con dejar incendiada la población, que toda, á excepcion de solas cinco casas, quedó reducida á pavesas. Deshonra grande para quien acababa de recibir el baston de mariscal, y gloria para los valerosos vecinos de Tamarite. Púsose despues sobre Monzon: cuatro mil personas de la villa se refugiaron al castillo, que capituló al fin. Pero convencido el de la Motte de que Aragon no era Cataluña, y de que le era imposible conquistar una provincia tan fiel á su rey como enemiga de los franceses, retiróse á Lérida temeroso de comprometer su ejército.

Hinojosa, encerrado en Tarragona, limitóse á hacer algunas excursiones por el campo, en una de las cuales destrozaron los nuestros una columna de mil quinientos franceses y catalanes, degollando gran parte de ellos. Cuéntase que se descubrió en Tarragona una conspiración que los frailes carmelitas descalzos habían tramado para entregar la plaza, y que al irlos á prender se dejaron los mas matar en sus celdas antes que darse á prision.

Tambien en el mar se había combatido. La escuadra española de Dunkerque mandada por el almirante Feijóo batió furiosamente la armada francesa (30 de junio, 1642), echando á pique nueve de sus buques y maltratando otros; pero reforzada la de Francia con nuevos bajeles, causó un descalabro en los nuestros, teniendo que recogerse al puerto, y quedando los franceses dueños del mar.

Clamaba todo el mundo, y desde el principio de la guerra se llevaba clamando por que el rey fuese á animar con su presencia á los que combatían por él, al modo que lo estaba haciendo el rey de Francia. Oponíase solo el de Olivares, temeroso sin duda, ó de que se hiciera patente su ineptitud, ó de que le suplantara en la prianza algun general de inteligencia ó de fortuna. Al fin no pudo acallarse el clamor universal, y se acordó la jornada del rey. Dispúsose todo con gran ruido y aparato: hizose un llamamiento general á todos los grandes, nobles y caballeros á fuero de Castilla, conminando á los que no acudiesen con penas deshonrosas (4); se registraron y se recogieron todas las armas ofensivas y defensivas; se hicieron levas y requisas de hombres y de caballos, y poblaciones hubo como Madrid, donde ni quedaron hombres que ejercieran ciertos oficios, ni caballos de tiro para los coches. Faltaba dinero, y se apeló al patriotismo de los grandes y ricos para que cada cual ocurriese á los gastos á título de donativo segun su fortuna y facultades, lo cual produjo una no despreciable suma (5). Cuando todo estuvo dispuesto, emprendió el rey

(3) Había en efecto el año anterior en sus excursiones llegado á esta villa. Los habitantes, sencillos labradores los mas, bajo la palabra que el general les dió de que la tropa no cometería violencia alguna, ni queria de ellos otra cosa sino que le dieran alojamiento, les ofrecieron todo cuanto tenían. Pero llegada la noche, y con pretexto de una pendencia que los soldados fingieron entre sí, entregáronse, y el general no lo impidió, al saqueo, al pillaje, y á todo género de desenfreno.

(4) En la Biblioteca Nacional, Sala de MM. SS., se encuentra el bando llamando á los hijosdalgo á campaña.

(5) Digno es de particular mención el generoso y patriótico desprendimiento del almirante de Castilla Enriquez de Cabrera, el cual pidió al rey permiso para enajenar todo su patrimonio y destinar su producto íntegro á los gastos de la guerra. El rey no se le otorgó, pero no por eso dejó de ser digno de eterna loa su ofrecimiento. Este almirante era el mis-